

dose en la literatura y en la vida de los italianos, les resignan á perder su independencia cuando los demas pueblos la conquistan.

El concilio de Trento no solo restablece la unidad, sino que fija la teología, y cierra la historia exterior de la Iglesia.

Dos veces intentó el Asia traer su media luna al corazon de Europa; pero mientras los príncipes cristianos permanecen cual ociosos espectadores, contentándose con sentirse curados del entusiasmo religioso, la Polonia y Venecia salvan de una nueva irrupcion de barbarie á los países que están destinados á devorarlos algun dia. El mismo turco, herido en Lepanto con un golpe que presagia el de Navarino, entra en el sistema político de Europa. Mas ya no se trata en esta parte del mundo de comunes esfuerzos para asegurar la independencia, ó impedir el desmoronamiento del órden ó del saber; dejándose llevar los Estados de la sugestion del egoismo se observan entre sí con envidiosos ojos, dispuestos á poner de nuevo en su fiel la balanza cuando quiera que la vean inclinarse hácia algun lado.

Habiase engrandecido en la anterior época el Austria hasta el punto de infundir temores de aspirar á la soberanía universal. La reforma y las revoluciones se lo impidieron, cuando hé aquí que la Francia se pone al frente de las naciones continentales, así es que Luis XIV sube al trono. La revocacion del edicto de Nantes amenaza descomponer la paz de Westfalia; pero sus resultados no son conocidos sino en Francia, cuyos ciudadanos perseguidos pasan á ser útiles á la Holanda que desde el Zuidersee se arroja, como negociadora y guerrera, á quitar á los portugueses las posesiones del Africa y de la India.

De esta manera van realizándose tranquilamente las ideas del siglo anterior: á la matanza suceden los partidos, á la accion la doctrina, á la guerra la discusion, al genio el talento, y á los generales los ministros omnipotentes. De aquí el aumento de los ejércitos, las embajadas permanentes, la reciproca desconfianza, el estudio de los medios de engañarse y el predominio de los negocios de Hacienda, sobre todos los del Estado. Los barones descenden hasta convertirse en gentiles hombres y

cortezanos; pero ya en cambio el pueblo, los hombres instruidos y los traficantes, tienen la vista fija sobre lo que pasa en las Córtes, examinan los presupuestos, y extienden el comercio: empiezan las doctrinas á ser causa de gravísimas mudanzas, y Colbert y Jansenio conmueven la Europa como Villars y Eugenio. El maravilloso incremento que alcanza un pueblo por la vía del comercio marítimo y de las manufacturas, es causa de que los gobiernos quieran dirigir y arreglar un movimiento que para engrandecerse no necesita más que carecer de trabas. introdúcense fábricas privilegiadas, aranceles y prohibiciones de entrada y salida: se intenta hacer de modo que cada nacion se baste á sí misma, es decir, que para favorecer el comercio no venda ni compre. De aquí se originan celos que paran en guerras, con el único objeto de destruir la prosperidad mercantil de los rivales.

La paz de Utrecht pone limites al engrandecimiento de Francia, así como la de Oliva (1660) habia fijado los confines de los Estados del Norte; más no por eso se apaciguan las sediciosas contestaciones de una política que se ha hecho mercaantil y militar. Estos dos caracteres aparecen principalmente en la Rusia al convenirse con los protestantes para contrastar el poder del emperador, mientras extiende su dominio desde la India al Perú; prueba evidente de que no es la situacion lo que da el poder, sino el valor y el ingenio. Entonces crece la importancia de las posesiones marítimas hasta el punto de alterar las relaciones entre los europeos, de manera que en Sajonia llega á combatirse por el dominio del Canadá.

Catalina, proclamada legisladora de los mares, quiere erigirse en legisladora de la Grecia, y no disimula el deseo de trocar los hielos de su país por el clima encantador del Helesponto. Esta emperatriz manda reconocer las ignoradas regiones interiores de su imperio, desde el Archipiélago del Norte hasta la Persia, desde el Cáucaso hasta el Japon, en tanto que Behring descubre el N. O. de la América, Anson da la vuelta alrededor del mundo, Cook se aproxima al polo austral, Danberger penetra en el corazon de Africa, y los compañeros de Maupertuis y Lacondamine levantando pirámides astronómicas en el polo y bajo el Ecua-

dor, fijan al parecer los signos de la posesion que toma la Europa del medido recinto de la tierra.

El imperio de los Birmanes no defiende su inmovilidad, y la *subabia* de Bengala sufre á los ingleses ó como dueños, ó como enemigos; Mamelucos, Wahabitas, Afaganes y Kuli-Kan conmueven el Egipto, la Arabia, la India y la Persia, que se ven obligadas á recibir leyes impuestas por la fuerza, al mismo tiempo que en Europa cediendo á las reclamaciones de universal reforma, conceden mejoras parciales José II, Leopoldo de Toscana, Carlos III de Nápoles, Catalina y Felipe II; y así llega á hacerse tan inevitable el movimiento, que el gran Lama baja del Tibet á visitar al emperador de la China.

Aún están presentes aquellos memorables hechos que llenaron de asombro á nuestros padres, cuando el impetu sin igual de una nacion acostumbra á tomar por piloto la tormenta, derrocó todas las instituciones. Los gobiernos sin tener presente que no eran sus formas accidentales sino su propia esencia lo que se trataba de cambiar; avezados á observar, no á los hombres sino las cosas, procedieron con lentitud y sin armonía, apurando su ingenio en poner el sistema de equilibrio á una política apasionada, que idolatra con la de la antigua Roma, adoraba al Estado primero como república, luego como libertad, y últimamente como gloria militar. En tanto la revolucion, producto del choque de las anteriores generaciones, arrasa cuanto encuentra, abate á sus propios caudillos, apenas se detienen á respirar, y derriba por último al hombre vigoroso que consiguió enfrenarla por unos momentos; hombre de las pasadas edades, para quien la esada era todo, que conociendo, sin embargo, los deseos de la nueva generacion, conducia sus sus huestes á la matanza en nombre de la paz y de la libertad del comercio.

La Europa se abre las regiones de Levante, no en calidad de pasajera como con los Argonautas, los sucesores de Alejandro, ó los Cruzados, sino entrando como dominadora, así desde el istmo de Suez, como desde el estrecho de Behring, desde los desfiladeros de Cabul, como desde el puerto de Canton. Napoleon abre las puertas del Egipto; en las costas de

Africa ondea el estandarte tricolor, y el inglés en la isla de Chusan: la Grecia enarbola la cruz en frente de la corva cimitarra: la Valaquia y la Moldavia se hacen europeas: la Rusia estrecha á los Musulmanes por la parte del Danubio, en el Asia Menor y por Persia; pasa el Balcan y voluntariamente al llegar á Andrinópolis aplaza para otra ocasion el clavar sus garras en la presa codiciada. Así lo comprende la Turquía, la cual habiendo perdido la conciencia de todas las formas políticas y religiosas, presenta los mismos síntomas que padeció la Europa al derrocarse el imperio romano; disuelve los Genizaros; abre las puertas de los harenes, y busca un hilo de vida en las instituciones europeas, ya que no le es dado recurrir confiada á sus principios, que son la violencia y el fanatismo. Pero si alguna vez la raza árabe estuviera realmente próxima á despertar de su largo estupor, se convertiría en poderosa auxiliar de la civilizacion, como que fué la primera que reunió y puso en comunicacion al Oriente con el Occidente.

La Inglaterra va tambien extendiéndose cada vez más en la India á donde envía mercancias, expediciones científicas y guerreros. La China se ve acosada al Sur por los ingleses y al Norte por los Cosacos, vanguardia de la Rusia: explóranla y la combaten por el Océano las flotas británicas y americanas y por la parte de Méjico y Filipinas los españoles, que al fin toman parte en el movimiento universal. Los salvajes de América van cediendo nuevos terrenos á los aborrecidos «sembradores de semillas pequeñas.» La civilizacion cristiana resumiendo en sí misma todas las demas, se mezcla al fin en la India con aquella, de la cual se derivan todas. No se trata ya en los gabinetes europeos sólo de Alejandria ó de Constantinopla, sino de Bombay, de Pekin y de Sanwich.

Los hombres que no dejan vestigios de su existencia se suceden, pero no se continúan, es decir, carecen de historia, aunque no carezcan de recuerdos. La Polinesia y América, si se exceptúan algunas aisladas tradiciones acerca de Méjico y el Perú, y algunos monumentos admirados sin ser comprendidos, no tienen antigüedad; y edificaria sobre arena quien intentase establecer conjeturas que acaso el dia de mañana disipará algun nuevo descubrimiento.

En Africa, el Egipto y la costa septentrional se enlazan con el progreso comun. Todo lo demas importa para la navegacion, para el comercio, para las colonias y para la historia natural; pero no para la de la inteligencia ni para la educacion moral del hombre. Respecto de la raza negra, la Historia no alcanza sino á lamentar sus padecimientos; ni le es dado más que compadecer la estúpida infelicidad del Samoyedo ó del Siberiano, de cuya vida es único consuelo la esperanza de hallar despues de su muerte más abundante cacería de renos. Lo restante del Asia septentrional no ha sido conocido sino desde que forma parte del imperio de Rusia, y la humanidad se acuerda de la Tartaria meridional y del Norte de la China, sólo cuando vomitan sus hordas para desolarla. Así como nos son desconocidas las tres séptimas partes de la superficie de la luna, mostrándonos sólo una parte de ella y á intervalos, merced á los movimientos de libracion, del mismo modo carecemos de noticias sobre una gran parte del género humano.

Pero mientras naciones, que carecen de anales, de literatura y de relaciones externas perecieron del todo, otras nos han referido sus adelantos y sus retrocesos, y dejaron en pos de sí un surco de luz; por lo cual tienen derecho, si no á la admiracion, por lo ménos á la atencion. Ciudades pequeñas, como Corinto ó Aushurgo, alcanzaron más poder é influencia que algunos vastos imperios; y los cien mil venecianos que se resistieron á la liga de Carabay atraen é instruyen con su ejemplo, más que los doscientos millones de almas que en la China trabajan, procrean y obedecen. Pero no por eso la Historia debe tratar de todos los acontecimientos de estas ciudades; y un hecho acerca del cual el historiador particular puede haberse extendido en largas indagaciones, no merecerá siquiera mencion en una historia general. Esta en cambio educará el ánimo acompañando á los grandes pueblos desde la cuna á la tumba y contemplando cómo se suceden con diversa fortuna: éste, para difundir la civilizacion; aquél, para conservarla íntegra; el uno para retardarla ó destruirla parcialmente; el otro para perfeccionar las artes; cuál para llevar el comercio hasta los postreros confines de la tierra; cuál para conservar los modelos más

exquisitos de lo bello; cuál para comunicarnos la forma más insigne de la razon escrita; y todos juntos para cooperar al aumento del saber y de la moral. Brillante espectáculo en que aparece cada generacion llevando su tributo á la obra comun; de aquí el sentimiento de gratitud que nos liga á nuestros abuelos y á nuestros nietos, considerando, á ejemplo de Pascal, la sucesion de los hombres, como una sola persona que subsiste y aprende continuamente.

La antigüedad respira una juventud eterna en aquellos hombres de carácter grande y completo que á un mismo tiempo descollaban como ciudadanos, estadistas, literatos y capitanes; en la variedad de sus sistemas políticos, y en la originalidad que conservaron los pueblos, formándose cada uno de por sí antes de entrar en la gran combinacion universal. Por el contrario, los Estados de la Europa moderna, excepto uno, presentan más uniformidad de instituciones, religion, costumbres, y cultura; pero el estudio de su política y economía es necesario para conocer el progreso ó los puntos de descanso de la humanidad. Algunas veces el interés previene del modo con que los hechos nos han sido trasmitidos. Si Tucídides (no hablemos de las bellezas de su estilo) nos describe una guerra con profundo conocimiento del corazon humano, de la vida pública, ó de los secretos resortes políticos, deseáramos detenernos en él para acostumbrarnos á sus reflexiones. El estilo sombrío de Tácito nos hace meditar en los tiempos en que Roma parecia haber llegado á su mayor altura, en tanto que sus vicios y crímenes la tenían suspendida sobre el abismo; y la sagaz penetracion de Maquiavelo nos induce á mirar con interés la parcialidad de dos pequeñas facciones en una ciudad de escasa importancia.

La erudicion, aunque indispensable para la historia, no es historia: atentos los eruditos á los libros, se olvidan frecuentemente de los hombres, de la civilizacion y de la naturaleza; apoyan en textos lo que la naturaleza ha desmentido, y pretendiéndose infalibles, vilipendian aquellos presagios por cuyo medio tantas veces se ha progresado. Ahora, no obstante, ha interrogado la erudicion á los autores con otro objeto, buscando ménos las palabras que el

pensamiento y las revelaciones sobre puntos, á los cuales el estudio de las ciencias económicas, administrativas y comerciales ha dado importancia. No contentándose con las lenguas clásicas, ha fundado sobre las de la mayor antigüedad el conocimiento de las letras, de la historia, de las creencias de aquel mundo oriental del que se confesaba discípulo el Occidente, aún desde los tiempos de Pitágoras y Platon, y que cada dia se considera con más razon como la cuna de las ciencias religiosas y profanas. Con el mismo ardor que en el siglo XV se renovaba el estudio de la literatura griega y latina, se renueva hoy el de la literatura oriental, pero con más elevado intento, y en la persuasion de que el génio de un pueblo es el de su lengua. Intrépidos viajeros han acudido á aquellas inagotables minas de monumentos; en las naciones más cultas se han establecido escuelas de los idiomas orientales; escribense periódicos en estos idiomas; sociedades de literatos se someten al fastidio propio y á la indiferencia vulgar, por esparcir nuevas luces sobre los principios de la humanidad, sobre el sentido y sobre el espíritu de la sociedad primitiva. Champollon, Rosellini, Young, Wilkinson, Peyron y otros, han obligado al Egipto á revelar su misterioso lenguaje; otros sabios han examinado las ruinas de Ayodhia y de Elefantina, pidiendo á la espirante civilizacion la explicacion de la antigua, y descubriendo una literatura que supera á las conocidas, cuanto las colosales excavaciones de aquellos países sobrepujan á la mole de nuestros templos. Jones, Colebrooke, Wilson, Carey, Winkins, Hodgson, entre los ingleses; entre los franceses Burnouf, Chezy y Pauthier; entre los alemanes Bopp, Rosen, Frank, Lassen y los dos Schlegel nos han revelado la India, con su sentimiento religioso tan profundo y elevado, con su pensamiento filosófico, tan ardiente y trascendental, con su imaginacion tan poética y gigantesca, con su naturaleza tan fecunda y maravillosa. Sacy ha dado á conocer las literaturas persa y árabe, y formando una escuela en Francia, que, continuando sus investigaciones, mejor que con el generoso Anquetil-Duperron, ahora con Rask y Burnouf, nos llama á oír la voz de Zoroastro que los siglos hicieron enmudecer. El mismo Burnouf, siguién-

do las huellas de Grotenfend y Saint-Martin, promete el conocimiento de la escritura cuneiforme, mientras parece que la Fenicia en vano pretende mantenerse ignorada. El imperio otomano no oculta nada á las investigaciones de Hammer; Remusat, Biot y Julien, nos familiarizan con la China, y Klaproth y Smith nos han introducido entre los pueblos más ignorados del Asia media.

Así han cedido el derecho de lenguas mirdes, la latina y la griega, de pueblos primitivos; los egipcios y persas; la India nos muestra en ella anticipados los sistemas de Pitágoras, de Aristóteles, de Epicuro y de Pirron; la filología explica emigraciones anteriores á toda memoria, y señalando en el sanscrito las raíces de las lenguas franca, rusa, alemana, griega, latina, céltica y lituana, prueba, comparando los idiomas, que los primeros celtas salieron del interior del Asia lanzados hácia Occidente, donde despues los siguieron los germanos, los eslavos, luego los latinos y por último los griegos.

Con otro tanto cuidado se han atesorado monumentos de todas clases, que manifiestan la condicion civil y política de pueblos lejanos ó que han desaparecido. Por amor al oro los mercaderes, por el de conquistas los guerreros, por el de las almas los misioneros, han penetrado en las partes más recónditas, escudriñando los escombros de los santuarios del gran imperio, y las abiertas pirámides de Ipsambul; comparando los sepulcros del Himalaya con los de Islandia, las ruinas de Persépolis con las de Palenque, y los vasos de Etruria con las artes conservadas por la lava de Herculano y con los simbólicos cilindros de Babilonia.

La geología y la paleontografía, ciencias nuevas, á la par con la filología y con la anticuaria, la numismática, la geografía y la astronomía, suministran noticias y apoyo de razones á la historia, para que con más seguridad dicte los oráculos de la experiencia. Despues de un siglo que habia forzado á las ruinas de los templos á dar testimonio contra el cielo, y á las ciencias á hacer la guerra á su Dios (1), ¡qué maravilla fué ver por los profun-

(1) *Deus scientiarum Dominus*; I. Reg. II. 3.

dos estudios hechos sobre los mitos, confirmada la verdad de aquella primera palabra, de la que éstos eran derivaciones falsificadas por el desacuerdo entre las facultades del alma, al mismo tiempo que los de cubrimientos de Cuvier aumentaban aún la fé humana en el Génesis; los de Klaproth y Humboldt demostraban la union primitiva y la sucesiva division de las lenguas; los de Blumenbach corroboran la unidad de la raza humana, y los viajeros la confirmaban con la estupenda semejanza de civilizacion entre el Egipto, la Irlanda, la India, Méjico y la Nueva-Holanda! Así se ha reconciliado el saber con la religion, y así aparece cada vez más verdadero aquel proverbio que «el livar la ciencia hace á los hombres incrédulos, y el beberla á grandes tragos les vuelve la fé.

Cuando los estrepitosos acontecimientos modernos amenazaban acabar con las memorias y cambiar todas las relaciones existentes, la Europa, como por un efecto de reaccion, con súbito y no pensado ardor, comenzó á desenterrar los monumentos de lo pasado y á registrar los archivos; y de los diplomas y de las crónicas despreciadas sacó importantes revelaciones sobre la sociedad de donde la nuestra procede; persuadiéndose que, para avanzar con franqueza, es necesario volver atrás y tomar las cosas desde su origen. Tantos descubrimientos no podrán completarse mientras que á ellos no converjan todas las fuerzas morales distraídas ahora en la lucha; los primeros surcos, sin embargo, nos han puesto en el buen camino, cuya direccion conocemos, aún cuando no la salida.

Fué para esto muy ventajosa la aproximacion de todas las naciones, facilitada por las armas, las letras y el comercio; aproximacion representada en el orden físico por la pila de Volta, que explica cómo el choque de dos cuerpos desarrolla bastante actividad para las lentas cristalizaciones diarias y para la súbita trasformacion de rocas enteras. La guerra, en adelante, vela por la paz; la necesidad, el comercio y el pensamiento reúnen á los Estados en una gran familia, en la que cada día se disminuyen más las excepciones; en la que, desarraigadas las preocupaciones nacionales, solamente sería considerada como bárbara la que llamase bárbaras á las demás. Cuando se hace

un descubrimiento en un país, rápidamente se propaga á todos; y un Galileo, un Newton, son conocidos en breve del uno al otro extremo del mundo. Ese flujo de periódicos, al paso que difunde los conocimientos entre la multitud que escucha y cree, anuncia á los sabios que piensan y raciocinan cada paso que da la civilizacion; leales traducciones dispensan del conocimiento universal de las lenguas, para el cual no bastaría una vida; y el grabado y la litografía ponen á la vista de todos los monumentos, de tal modo, que puede, aunque imperfectamente, conocerlos también el que no tenga la incomparable inspiracion de los sitios. La comparacion de las relaciones de los viajeros ahorra aquellas peregrinaciones que eran indispensables á los antiguos para conocer el pequeño mundo de entonces. No forman ellos de la geografía una nomenclatura de tierras y confines, sino un auxiliar para encontrar en las circunstancias de los lugares la razon de las instituciones, pues que los nuevos países descubiertos han dado á conocer á la especie humana bajo todos los climas, con las modificaciones producidas en tantos siglos por las causas naturales y por las leyes. Pueblos que en la decrepitud no conservan más que algun vestigio de la primitiva constitucion; otros que apenas aventuran los primeros pasos en la vida política, nos han proporcionado el mejor comentario de la historia antigua.

La corte de los Sofis explica la de Ciro, como los geroglíficos de Egipto han sido comprobados por los mejicanos. Sobre todo, este incremento de los estudios especiales, á cuyo favor las ciencias se fecundan unas á otras, generalizan las propias leyes y multiplican sus lazos, y hace que las verdades generales puedan desarrollarse de una manera más concisa sin pecar de superficiales.

Las borrascosas vicisitudes de nuestro siglo ¿cuánto no han aumentado la pública y privada experiencia? Su carácter particular parece que es revelar las causas generales, reasumir largas series de hechos, y poner en evidencia las leyes que rigen la vida de las sociedades antiguas y modernas. Entre aquellas vicisitudes, dejando á un lado muchas creaciones de los tiempos oscuros, el espíritu, después de haberlas abatido con su carro triunfal, se vuelve

á considerar sus ruinas sin el despecho del pavor. Derridadas para siempre las prerogativas feudales; los jurados, el ejército nacional, el Común, las asambleas electorales, que suceden á los tribunales, á los ejércitos permanentes, al régimen administrativo, á la nobleza hereditaria, nos hacen comprender mejor la antigüedad, los tumultos del foro, las elecciones por curias, la oposicion legal del tribunado, y las ciudades que se defendían, administraban y juzgaban por sí mismas.

Se ha dicho que para describir bien los sucesos es necesario haber tomado parte en los movimientos políticos, porque la experiencia de las cosas corrige lo absoluto de las teorías, y el hábito de considerar la marcha social, conduce á descubrir su verdadero sentido. También bajo este aspecto son oportunos para la historia nuestros tiempos, en atención á que, quitada la barrera entre los que instruyen y guían, y los que creen y siguen, el Estado ya no es un arcano, y las discusiones de las cámaras y los periódicos llaman á cada ciudadano á fijar la vista en los tronos y en los Parlamentos, á conocer la prudencia política, las causas lejanas y los complicados resortes de la máquina social. Cuanto más que la múltiple variedad de los cargos ha aumentado los lazos entre literatos y estadistas, entre las opiniones y las instituciones, pues todos tienen que hacer en el gran drama, aún cuando sólo sea como los coros antiguos, para aplaudir ó vituperar. De aquí la necesidad de comparar lo que es con lo que fué; de aquí que la práctica desmienta á cada paso las teorías absolutas, adoradas por algunos hasta la obcecacion; de aquí el espíritu de tolerancia que nos hace más capaces de apreciar con exactitud aún lo que ya no es oportuno, sin indulgencia, pero sin injusticia.

También la literatura en general, adquiriendo cada vez más activo dominio sobre los ánimos, se ha rejuvenecido con estos dos principios: que su fin es la utilidad moral, y que el medio de alcanzarla es la representacion de la verdad. Ha debido por lo tanto escudriñar la Historia, si primero se contentaba con la fábula; representar personajes, no crearlos; prescindir de sí para identificarse con los demás: y si el nombre de Felipe II y de Rosmunda, ó la

lectura de Guillermo de Tiro bastaban á Alfieri y al Tasso, hoy en las composiciones escritas ó pintadas apoya la fantasía sus vuelos en la verdad.

La misma novela ha dado auxilio á la Historia penetrando en la vida, publicando las particularidades inobservadas ó despreciadas por los historiadores, y no mostrando sólo los grandes personajes, sino aquel que es primer actor en el drama de la humanidad, el pueblo. No: sin el conocimiento de las costumbres, el que asiste á los acontecimientos se asemeja á quien ve las acciones de gentes, cuya lengua ignora; y las cruzadas, y el emperador Enrique en el átrio de Canosa, son caracteres ilegibles para quien no los mira por el prisma de los usos y las opiniones de su siglo. La Historia demostrará que los frutos de la reforma fueron una guerra de treinta años, y los de la revolucion francesa el trastorno violento de los límites de Europa; pero la arrogancia doméstica y pública, las excisiones en el corazón de las familias, las escenas de odio, de amor, y de intriga, la alteracion de los efectos más sagrados, el escándalo de las personas piadosas, la vacilacion de las almas timoratas, ¿cuándo habían encarnado los contornos de aquellos grandes cuadros? Ahora puede suplir el *Don Quijote* á Mariana; el *Joanhoe* retrata la condicion de los vencidos Sajones al frente de los Normandos, mejor que lo haría ninguna historia; los *Prometidos Esposos* revelan un mundo desconocido de padecimientos, de vicios y virtudes; y en los novelistas aprende más actitudes naturales y humanas aquella Clio, que antes no andaba sino llevando calzado el coturno y armada de puñal, como la musa de la tragedia.

Añádase á esto el estudio más fiel y desapasionado del hombre, el cual, en la variedad de accidentes, es siempre el mismo en sustancia; y hace seis mil años nace con las mismas inclinaciones que enemistaron á los primeros hermanos; por lo cual, teniendo en cuenta el clima, la organizacion social, y la religion, el hombre de hoy explica al hombre que en parecidas circunstancias ejerció su accion en los siglos pasados.

Habia dicho Bacon, que la historia del mundo sin las de las letras, del saber, de la filosofía, de la jurisprudencia y de las artes, era co-